

UN PROLETARIADO REPUBLICANO

Dos días después de la victoria de Bush en las elecciones de 2004, Bill Clinton aclaraba la dirección que debían tomar ahora los demócratas. El partido tenía que «entablar una conversación sobre religión y valores con la América profunda». Demasiados votantes pensaban que a los demócratas se les daba un ardite la fe o la familia. Kerry no había condenado el matrimonio gay con el ardor preciso —lo dijo una o dos veces, pero no mil, en las pequeñas ciudades— y se le había olvidado señalar que los abortos habían disminuido más de un 20 por 100 bajo la Administración de Clinton, mientras que habían aumentado bajo la de Bush¹. ¿Había sido la campaña de Kerry demasiado «liberal» para ganar? «Quizás esta vez los votantes han elegido lo que realmente quieren», se lamentaba Katha Pollitt en *The Nation*. «Nacionalismo, guerra preventiva, orden por encima de la justicia, “seguridad” mediante la tortura, reacción contra las mujeres y los gays, un abismo entre los que tienen y los que no tienen, generosidad gubernamental para sus iglesias...»²

Lo que está en cuestión no es sólo el pequeño pero inequívoco desplazamiento hacia la derecha en la autodescripción de los votantes, que ha hecho subir a los «conservadores» hasta el 34 por 100 frente al 29 por 100 en 2000, y descender a los «moderados» del 50 al 45 por 100, ni tampoco que los «valores morales» se sitúen por encima de la economía, la ocupación de Iraq y el terrorismo entre los eslóganes de la campaña electoral, sino el hecho de que gran parte de los votantes que permitieron a Bush obtener una ventaja de 3,5 millones de votos son trabajadores de cuello azul, precisamente los que soportan los embates de la política republicana. Sólo el 61 por 100 de los obreros sindicados votaron por Kerry; entre los miembros blancos de los sindicatos la cifra fue aún más baja; el antiguo baluarte de los trabajadores de las minas y el acero de Virginia occidental dio una ventaja a Bush del 13 por 100; se produjeron significativos desplazamientos en favor de los republicanos entre las mujeres de ingresos medios y los votantes latinos, que hasta ahora venían siendo grupos tradicionalmente prodemócratas.

¹ «Si no planteamos así las cosas, no debe sorprendernos que se nos vea como alienígenas bidimensionales», concluía Clinton. *Financial Times* (6 de noviembre de 2004).

² Katha POLLITT, «Mourn», *The Nation* (22 de noviembre de 2004).

En los análisis a posteriori de unas elecciones que a muchos les pareció que desafiaban la lógica política —un claro desplazamiento en favor de una Administración bajo la que ha aumentado el desempleo, que ha reducido los impuestos a los más ricos y ha provocado el cenagal asesino de la ocupación de Iraq, precisamente entre aquellos para los que es más probable perder sus empleos, sus hogares, a sus parientes en el ejército— el brillante estudio de Thomas Frank sobre el «gran retroceso» que ha barrido el país se ha convertido en un punto de referencia central. A los liberales estadounidenses les resulta difícil creer que se esté produciendo realmente una alianza entre los trabajadores de cuello azul y el capital empresarial: en palabras de Frank, «que el Partido Republicano se presente a sí mismo como el campeón de la clase obrera estadounidense les parece a los liberales una negación tan escandalosa de la realidad política que son incapaces de entender la totalidad del fenómeno». El voto obrero a los republicanos se explica como «criptorracismo, o un achaque de los ancianos, o la reprobación aleatoria de patanes religiosos, o la protesta de “varones blancos airados”».

Frank sabe, por supuesto, que la reacción de la era de Reagan suscitó una infinidad de comentarios liberales, y menciona al efecto los de Christopher Lasch y otros escritores. Durante los años de Clinton ese fenómeno fue olvidado por los mejor intencionados y, al mismo tiempo, como muestra Frank, se intensificó y se fortaleció. *What's the Matter with Kansas?* es un testimonio vívido y emocionante, un retrato del pensamiento político y de los anhelos culturales del populismo de derechas en un Estado de las Grandes Llanuras durante los últimos quince años³. Más en general, el libro ofrece un caso ejemplar del florecimiento de un partido que habla de moralidad y religión a fin de poner en vigor una legislación que beneficia al gran capital a expensas de la mayoría de quienes votan por él. A diferencia de otras formas más tradicionales de conservadurismo, caracterizadas por un respeto deferencial hacia los ricos y poderosos, este movimiento

se imagina a sí mismo como enemigo de la elite, como la voz de los injustamente perseguidos, como una protesta ética de las víctimas de la historia. Que sus dirigentes controlen hoy día los tres poderes del Estado les importa un bledo; que sus mayores beneficiarios sean las personas más ricas del planeta no los retrae⁴.

³ Thomas FRANK, *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, Nueva York, 2004. El libro ha aparecido en el mercado británico y europeo con el absurdo título *What's the Matter with America?*, precisamente por la misma crasa razón comercial contra la que protesta toda la obra de Frank. Que un libro cuya enjundia más profunda radica en la intimidad del retrato que hace del Estado donde creció el autor, se ofrezca al público con la aridez de los altavoces de un aeropuerto, sólo porque se supone que los extranjeros son demasiado ignorantes como para preocuparse por Kansas, es un destino particularmente irónico: el precio que debe pagar para entrar en la lista de los más vendidos.

⁴ Th. Frank, *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, cit., p. 6.

Para Frank, ésta es la principal contradicción del retroceso: «se trata de un movimiento de la clase obrera que ha causado un daño incalculable a la gente obrera», ya que aunque «los valores puedan “importar más” a los votantes, siempre se someten a las necesidades del dinero una vez que han ganado las elecciones». Éste ha sido durante décadas el rasgo más constante del populismo de derechas: «Nunca se pone fin a los abortos, ni se acaba con la discriminación positiva». Por el contrario, los políticos que alcanzan el poder gracias a esa rebelión de la base «han machacado el Estado del bienestar, han reducido los impuestos a las empresas y a los ricos, y en general han facilitado el regreso del país a pautas decimonónicas de distribución de la riqueza»⁵.

Un pequeño Estado de la pradera

Con la finalidad de examinar de arriba abajo ese retroceso –sus teóricos, sus dirigentes electos, sus militantes de a pie– Frank regresa a su Kansas nativa, el ombligo geográfico del país. Es ahí, argumenta, en el lugar en el que creció Supermán y el tornado se llevó a Dorothy, donde mejor podemos entender las fuerzas que tanto han desplazado a Estados Unidos hacia la derecha. Su libro ofrece un llamativo retrato socioeconómico del «más rojo de los Estados rojos»⁶ al iniciarse el siglo XXI (de hecho, con un 62 por 100 de los votos para Bush en 2004, Kansas sólo es el octavo Estado en cuanto a proclividad republicana; Utah, con el 71 por 100, es el que está en cabeza). Sus 2,7 millones de habitantes, en su gran mayoría blancos, reflejan muy de cerca las características demográficas de los principales bastiones electorales de los republicanos.

La población rural de Kansas ha venido menguando: en la agricultura se perdieron 20.000 empleos tan sólo en la década de 1990, cayendo del 6 al 3,8 por 100 de la fuerza de trabajo cuando la Ley de Libertad para Cultivar de 1996 arrebató a los pequeños granjeros la última de las protecciones del New Deal. Muchos condados rurales han perdido hasta una cuarta parte de su población. Las puertas y ventanas de las casas que se alinean a lo largo de la calle mayor de pequeñas ciudades rurales aparecen tapiadas, y la hierba crece en las aceras; una de esas comunidades ha llegado a subastar el local de su escuela en eBay. Hacia el oeste, la mal llamada Ciudad Jardín alberga a uno de los principales mataderos del Estado, con una capacidad de sacrificio diario de unas 24.000 cabezas. Frank describe las fantasmagóricas tierras de labranza, los gigantescos dispositivos de irrigación en torno a los vastos campos de maíz, «pesebres del tamaño de una ciudad que transforman el grano en carne de vaca» y mataderos de hormigón sin ventanas que cosechan en silencio el producto final. En torno a

⁵ *Ibid.*, pp. 6-7.

⁶ El rojo es el color emblemático de los republicanos, como el azul lo es de los demócratas. [N. del T.]

ellos se extienden los suburbios sin asfaltar y llenos de montones de basura donde aparcan miles de remolques en los que viven los trabajadores, en su mayoría inmigrantes, que proporcionan el trabajo barato y no sindicalizado; atrapados, como dice Frank, «en los ganchos de acero de la lógica económica con tanta firmeza como las vacas que descuartizan tan minuciosamente». En Wichita, trescientos kilómetros hacia el este, la industria aeronáutica ha puesto en la calle a la mitad de su mano de obra sindicalizada. El desempleo supera el 7 por 100 y aumenta la ejecución de hipotecas sobre las casas. Sólo los ricos barrios del condado de Johnson en Kansas City —«la tierra de bizcocho»— parecen escapar a ese destino⁷.

El escenario político del Estado presenta un «panorama de locura y desesperación digno de Hieronymus Bosch», en el que

fornidos patriotas de cuello azul recitan el Compromiso de Lealtad⁸ mientras estrangulan sus propias posibilidades de vida; pequeños granjeros votan orgullosamente su propia desposesión de la tierra que trabajan; amantes padres de familia procuran aplicadamente que sus hijos no lleguen a disfrutar nunca de enseñanza o sanidad adecuadas; jóvenes obreros de las ciudades del Medio Oeste aplauden cuando dan la victoria a un candidato cuya política acabará con su forma de vida, que transformará su región en un cementerio, que propinará a la gente como ellos golpes de los que nunca se recuperarán.

Kansas no siempre ha sido un bastión del conservadurismo, y Frank recuerda el pasado abolicionista, populista y partidario del New Deal del Estado. Entre sus primeros colonos blancos había muchos adversarios decididos de la esclavitud como John Brown y sus hijos, que pretendían evitar mediante la fuerza armada la expansión hacia el Oeste de la esclavocracia de Missouri. Varias décadas después Carrie Nation destruía con su hacha los salones de Kansas, haciendo campaña contra el alcohol y en defensa de las mujeres. Fue allí donde Eugene Debs aceptó la nominación del Partido Socialista para las elecciones presidenciales en 1908; Earl Browder, el que luego sería secretario general del Partido Comunista estadounidense, creció en Wichita. El populismo radical se extendió por todo el Estado en la década de 1890. Los ciudadanos de Kansas apoyaron a su vecino populista,

⁷ Allí es donde creció Frank, un adolescente patriota que se sabía de memoria el nombre de cada uno de los barcos hundidos en Pearl Harbour y un joven reaganita que denunciaba la «paralizante regulación gubernamental» en los debates estudiantiles. Fue el exclusivismo elitista de la Universidad de Kansas a principios de la década de los ochenta lo que lo radicalizó y lo envió al South Side de Chicago; allí, una década más tarde, se convirtió en uno de los fundadores de la revista *The Baffler* [*El Imprevisto*]. Frank recuerda cómo el área de las Colinas de la Misión de su niñez ha ido decayendo y ha pasado de la grandeza de la década de los veinte a la decrepitud generalizada. Sólo con los elevados salarios de los altos ejecutivos empresariales y las grandes ganancias bursátiles de la década de los noventa se produjo un nuevo brote de porches de estilo italiano, arriates de flores de tamaño olímpico y garajes para varios coches, atendidos por batallones de trabajadores inmigrantes.

⁸ «Juro fidelidad a mi bandera y a la República que representa, una nación indivisible con libertad y justicia para todos». [N. del T.]

William Jennings Bryan, en las decisivas elecciones de 1896, pero luego se pasaron a William McKinley cuando éste se presentó para un segundo mandato. Desde entonces el Estado ha optado siempre por el candidato republicano, con las excepciones de Wilson en 1912 y 1916 y de Roosevelt en 1932 y 1936 (en este último caso contra su hijo predilecto Alf Landon). En 1940 el Estado regresó a la derecha, optando por Wendell Wilkie. La última vez que Kansas envió a un demócrata al Senado fue en 1932; sus últimos compromisarios demócratas votaron por Johnson en 1964 y desde la Segunda Guerra Mundial sólo ha habido una mayoría demócrata en la legislatura de Kansas en dos ocasiones⁹.

En este sentido, Kansas supone, por supuesto, un caso notablemente atípico de la última oleada de populismo en Estados Unidos, que ha hecho pasar a otros Estados del azul al rojo¹⁰. Pero, si bien Frank tiende a pasar por alto las peculiaridades más distintivas de Kansas, ofrece un excelente retrato de su paso del rojo al rojísimo, del republicanismo moderado al conservador. El macabro «Verano de Compasión» de 1991 fue el momento decisivo en la batalla entre moderados y conservadores, cuando una clínica de Wichita se convirtió en el objetivo de 25.000 activistas antiaborto que se apoderaron de la ciudad durante una semana durmiendo en sus coches y reuniéndose en el campo de fútbol local. Los conservadores fueron reclutando a gente para los comités de distrito que supervisan las primarias en todo el Estado. Al año siguiente los conservadores barrieron en las primarias del Partido Republicano en Kansas y emprendieron una batalla feroz contra la vieja guardia moderada y pragmática, los «rinos» [*Republicans in Name Only*, «republicanos sólo de nombre»].

El resentimiento populista se movilizó entonces, no contra las «elites liberales» demócratas, sino contra las republicanas. En el condado de Johnson los conservadores siguen teniendo más apoyo en las áreas con una renta por cápita y un valor de las casas más bajos, mientras que los moderados todavía tienen fuerza entre los céspedes bien cuidados de las Colinas de la Misión¹¹. En 1994 los conservadores de Kansas eran mayoría

⁹ Frank no ofrece apenas explicación de la elevada concentración del fanatismo religioso en Kansas comparado, por ejemplo, con Iowa o Nebraska. Menciona el origen puritano de los primeros colonos blancos y la llegada de pentecostales en las décadas de los cuarenta y cincuenta, pero se deja llevar por el determinismo ambientalista: el constante ulular del viento, que enloquecía a los colonos, y el monótono paisaje, «capaz de convencer a cualquiera de su propia insignificancia cósmica».

¹⁰ Como argumentaba Mike Davis en estas mismas páginas hace más de una década, son las ciudades del *Sunbelt* las que se han convertido en los nuevos núcleos republicanos, deliberadamente alentadas por la política federal desde el momento en que se comenzó a reducir drásticamente el gasto en los núcleos urbanos a partir de 1978. Véase Mike DAVIS, «Who Killed Los Angeles», *NLR* 1/197 (enero-febrero de 1993). [Se denomina *Sunbelt* el tercio sur de Estados Unidos; se incluye en el mismo Florida, Texas, Arizona y California, extendiéndose hacia el norte hasta Virginia. El término ganó una amplia aceptación en la década de los setenta cuando el impacto económico y político sobre el país del brusco desplazamiento de población y desarrollo empresarial hacia el sur y el oeste se convirtió en un fenómeno innegable. (N. del T.)]

rios en el bloque republicano de la cámara legislativa del Estado, mientras que las peleas entre facciones llevaron a los demócratas a un *status* de tercer partido. En 1996, cuando el senador Bob Dole, que representaba quíntaesencialmente a los republicanos moderados del Estado, se presentó a las elecciones para la presidencia, el archiconservador Sam Brownback obtuvo el escaño que aquél había dejado vacante¹².

La explicación que ofrece Frank de este fenómeno es ante todo cultural, o como él dice, «la guerra de la cultura proporciona los beneficios (económicos)». Frank tiene buen oído para reconocer las tonadas de la derecha, y un estómago fuerte para aguantar la inmundicia de sus programas de radio y las vomitonas de sus columnistas. Detalla la forma en que los medios conservadores atizan la indignación de un electorado despechado e intolerante, que ha visto erosionado su nivel de vida mientras que sus políticos exigen pero no muestran un alto nivel moral. Esa audiencia se muestra muy receptiva hacia las filípicas de Rush Limbaugh, Gordon Liddy, Ann Coulter, etc., y *What's the Matter with Kansas?* documenta el cultivo consciente por parte de los estrategas de la derecha de una mentalidad de «queja generalizada» entre los obreros blancos estadounidenses contra un enemigo de clase definido por sus patrones culturales y de consumo —la elite liberal que conduce Volvos, bebe café con leche espumosa y come *fromage*—, más que por su posición y función en el sistema económico; *status* weberiano más que clase.

Todo esto es terreno conocido, pero las obras anteriores de Frank sientan las bases para un análisis más matizado. Su *The Conquest of Cool* de 1997 explicaba cómo la publicidad empresarial y los medios de comunicación habían aprovechado los lemas y valores de la contracultura de la década de los sesenta, vaciándolos de cualquier contenido subversivo y poniéndolos a disposición de las grandes empresas: hedonismo, rebelión y amor libre utilizados para vender automóviles y electrodomésticos a la generación del *baby-boom*. La propia contracultura y las protestas de masas de la década de los sesenta —contra la guerra, poder negro— fueron empleadas por el *establishment* estadounidense para promover el retroceso reaccio-

¹¹ En sus sueños, el Consejo de Dirección demócrata puede esperar que algún día los anticuados republicanos moderados abandonen la facción Sunbelt-Likud que ahora predomina en su partido, para ir a caer en brazos de los demócratas. Pero ¿por qué tendrían que hacerlo, mientras siga siendo el Viejo Gran Partido [el republicano] el que distribuya los beneficios?

¹² Brownback, recientemente incorporado al Opus Dei, defiende junto con Antonin Scalia, Clarence Thomas y Rick Santorum una cultura nacional caracterizada por la «piedad doméstica». Tras denunciar incansablemente el papel de las grandes empresas en la política, en su campaña para el Senado en 1996 recibió el apoyo material de un oscuro frente empresarial, Triad Management Services, y celebró la victoria en una recepción patrocinada por US Telecom Association, «un poderoso grupo de presión de un sector cuya agencia desreguladora defenderá diligentemente el senador en los próximos años». Descendiente de una de las familias más ricas del Estado, Brownback domina las tablas y se refiere regularmente a sí mismo en el estrado del Congreso como «un humilde granjero de Parker, Kansas». Th. Frank, *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, cit., pp. 30, 74.

nario del populismo de Reagan, que arremetió no sólo contra la izquierda y el movimiento por los derechos civiles sino también contra los sindicatos. Frank muestra ahora cómo se pueden utilizar incluso sus simulacros mercantilizados para fines políticos, mezclando las imágenes que ofrecen la publicidad y la industria del espectáculo de una rebelión adolescente erotizada, en un cóctel ideológico venenoso de chicos fuera de control, criminales negros, abortistas y amenazas sexuales que trastorna profundamente a la insegura clase media estadounidense.

El efecto del ALCAN

Pero lo que acabó de establecer la alianza entre fracciones atomizadas y a la defensiva de la clase obrera y representantes tradicionales de las grandes empresas fue, como dice Frank, «el suicidio simultáneo del movimiento rival». En el plano político, la desintegración final del orden del New Deal se había iniciado con Carter, cuya respuesta al estancamiento económico, a las dificultades en el extranjero y a la «revuelta fiscal» de los barrios blancos supuso el recorte de los programas de mantenimiento de las ciudades, la desregulación de las empresas de telecomunicación, del transporte por carretera y de las líneas aéreas, la terapia de choque de los tipos de interés de la Reserva Federal con Volcker y el avivamiento de la Guerra Fría en Afganistán. La dirección de la AFL-CIO, enfrentada a una oleada histórica de cierres de empresas, se limitó a defender las pensiones de jubilación y a observar cómo iba disminuyendo la afiliación. La consolidación del poder del Consejo de Dirección demócrata tras la victoria de Reagan impidió cualquier tipo de regreso a la política anterior a 1978. La Coalición Arco Iris fue aplastada o integrada¹³. Los «Nuevos Demócratas» asumieron las reducciones presupuestarias en bienestar, sanidad y educación y la cruzada que predicaba «dureza contra el crimen».

Clinton, cuya victoria se vio facilitada por la candidatura de Ross Perot, pronto decepcionó a sus votantes. La ofensiva del «contrato con América» de Gingrich obtuvo el apoyo empresarial y unió al pequeño capital de la «calle mayor» de cada ciudad contra su Plan de Sanidad triangular¹⁴. En 1994, por primera vez desde hacía décadas, los republicanos volvían a ser mayoría en la Cámara de Representantes, impulsados por la fuerza de los conservadores en las áreas suburbanas de las ciudades del Sur. La respuesta de la Administración de Clinton consistió en cortejar a los multimillonarios en la «nueva economía –capitalistas de ocasión, ciberbarones, magnates de la televisión y otros entretenimientos y magos de la biotecnología– aterrizados por el fundamentalismo de los republicanos de las pequeñas ciudades. El ALCAN fue la clave para ganar Seattle, Boston y Silicon Valley para los «nuevos

¹³ Coalición fundada por el rev. Jesse Jackson en 1984 como tendencia interna del Partido Demócrata. [N. del T.]

¹⁴ Esto es, con una base de datos obtenidos de tres fuentes diferentes: historial de los pacientes, literatura médica corriente y juicios de los expertos. [N. del T.]

demócratas», mientras la AFL-CIO capitulaba en el tema del libre comercio. Frank cuenta el efecto que esto tuvo sobre el último núcleo obrero de Wichita, Kansas, donde el representante demócrata Dan Glickman, leal a Clinton, respaldó el Acuerdo frente a la tenaz oposición de los trabajadores sindicados de Boeing que constituían su base: «No podía votar por él después de aquello», dice un pintor de aviones. Conozco a un montón de miembros del sindicato que se pusieron furiosos cuando Glickman votó en favor del ALCAN». Los barrios obreros del sur de Wichita optaron por el republicano ultraconservador Todd Tiahrt, dejando a Glickman las zonas más acomodadas del este de la ciudad, donde los republicanos moderados apoyaban su línea sobre el derecho de las mujeres a decidir sobre el aborto frente al candidato de su propio partido. Lo mismo sucedió en Virginia occidental, el núcleo duro del Partido Demócrata que le costó a Gore las elecciones en 2000¹⁵.

La euforia del mercado

Ese desplazamiento político se vio culturalmente reforzado por un movimiento ideológico más amplio, la apoteosis del «populismo de mercado» durante las presidencias de Clinton analizada tan memorablemente por Frank en *One Market Under God*. El anticuado populismo de viejo estilo típico de los años de la Guerra Fría, que tuvo tanto éxito en movilizar al electorado de los barrios obreros y de las pequeñas ciudades contra el elitismo y la depravación cultural de los círculos liberales, trufados de políticos favorables a los negros, jueces proabortistas, profesores ateos, instituciones de enseñanza antiestadounidense, etcétera, nunca tuvo mucho que decir sobre las delicias del mercado. Según argumenta Frank, fue con Clinton cuando la celebración del propio capitalismo ocupó el centro de la escena en la ideología estadounidense de finales del siglo xx: «El mercado como defensor de los Otros oprimidos del planeta», que iba a dar el poder a la gente corriente; un mundo en el que «el consumo es democracia» y los mercados «representan una forma de organización mucho más democrática que los gobiernos». En este universo eufórico el trabajo manual había quedado obsoleto y los trabajadores de cuello azul no eran sino reliquias de una era fordista ya desaparecida. En su lugar, los «trabajadores del conocimiento» estaban construyendo la economía inmaterial del nuevo milenio. En la revista *Fortune*, Paul Krugman ensalzaba «el ascenso del hombre capaz de sacar provecho de un ordenador» en Enron, la empresa de cuyo consejo de administración formaba parte. La Administración de Bush explotó astutamente esa denigración liberal del trabajo enfrentándole sus cantos de alabanza a los bomberos, los obreros de la construcción y otros héroes proletarios tras el 11 de Septiembre.

¹⁵ Localmente, en cambio, muchos votantes obreros de Bush siguieron apoyando a los demócratas. En Virginia occidental, por ejemplo, el partido demócrata obtuvo el puesto de gobernador del Estado y dos de los tres escaños en la Cámara de Representantes con mayorías de casi dos tercios de los votantes.

Se puede detectar cierto cambio de registro, no obstante, entre *One Market under God* y *What's the Matter with Kansas?* De las 250 páginas que describen el fenómeno de la reacción de los trabajadores de cuello azul que ha facilitado el nuevo auge republicano, cada una de ellas dotada de gran agudeza e inteligencia, Frank no dedica más de una docena al Partido Demócrata. Superficialmente parecen bastante cáusticas. La estrategia del Consejo de Dirección demócrata de dar la espalda a los votantes obreros para cortejar a las grandes empresas y los ricos votantes de cuello blanco se lleva gran parte de la crítica por el último retroceso sufrido por los demócratas:

La forma de obtener votos y –lo que es más importante– el dinero de esos codiciados electorados, según piensan los «nuevos demócratas», consiste en mantenerse firmes como una roca en cuestiones como la libertad de elección sobre el aborto, al tiempo que se hacen infinitas concesiones sobre cuestiones económicas, sobre el bienestar, el ALCAN, la seguridad social, las leyes laborales, la privatización, la desregulación, etc. Al igual que los conservadores, eluden las cuestiones económicas. En cuanto a los votantes obreros que constituían hasta hace muy poco la espina dorsal del Partido, el Consejo de Dirección demócrata imagina que no tienen otra opción sino votarles a ellos. Además, ¿qué político de este país que adore el éxito quiere realmente ser la voz de los pobres? ¿Qué dinero fácil se puede sacar de ahí?¹⁶

Mientras los republicanos fabricaban meticulosamente un populismo claudista de derechas, coronado con las reducciones de impuestos, los demócratas, «con una sonrisa desdeñosa», arrojaban las cuestiones obreras y a sus portavoces al basurero de la historia. Como consecuencia de su «histórica decisión de presentarse como el otro partido proempresarial», los demócratas «ya no hablan al pueblo de los perdedores en un sistema de libre mercado que se está volviendo más brutal y arrogante día tras día»¹⁷.

A primera vista parece una crítica bastante enérgica de los demócratas, pero hay una pregunta obvia que no plantea: ¿por qué actúa el Partido Demócrata de esa forma? Todo lo que dice Frank es que la estrategia que ha dominado la mayor parte de su pensamiento desde comienzos de la década de los setenta es «criminalmente estúpida». Pero esa «estupidez», ¿es realmente una categoría política inteligente o presenta a su vez un perfil un tanto necio? Su efecto consiste en sugerir que los demócratas han cometido simplemente un error: bastaría que retomaran el sentido común y recordaran sus verdaderos intereses, que volvieran a dirigirse a los trabajadores y a los menos favorecidos y se convirtieran de nuevo en el partido de la solidaridad y el progreso social. Pero seguramente es más cierto que el Partido Demócrata es un vehículo de la reacción, no por error o por falta de ingenio, sino porque es una máquina controlada en gran medida por los superricos, que comprenden perfectamente cuáles son sus verdaderos intereses.

¹⁶ Th. Frank, *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, cit., p. 243.

¹⁷ *Ibid.*, p. 245.

Pese a todas sus fogosas réplicas a charlatanes de feria como David Brooks, Frank no se atreve a reconocer esa amarga verdad en las leyendas y demagógicos estereotipos de los demócratas. En las recientes elecciones presidenciales éstos prefirieron proponer al candidato más rico desde George Washington para la Casa Blanca, superaron a los republicanos por 59 a 41 por 100 entre los donantes con una fortuna superior a los 10 millones de dólares, gastaron más que Bush en cada uno de los Estados indecisos de la Unión, y alcanzaron un récord financiero histórico para una campaña al Senado: 17 millones de dólares en un fallido intento de reelegir a Tom Daschle. Además, no hay apenas nada nuevo en esta situación: desde la década de los noventa prácticamente todos los distritos electorales ricos del país han sido bastiones de los demócratas, la montaña de dinero contante y sonante de Clinton superó fácilmente a la de Dole en 1996, y los demócratas han venido recibiendo regularmente mayores donaciones individuales que los republicanos, cuya fuerza ha residido en los pequeños donantes. En esta situación, los obreros que votan por los republicanos pueden estar menos engañados de lo que parece creer Frank. Dicho en lenguaje sociológico, ya que apenas hay diferencias «instrumentales» entre los dos partidos, ambos entregados sin escrúpulos al capital, ¿por qué no darse al menos el gusto de votar «expresivamente» por aquellos que dicen defender tus mismos valores, aunque no tus intereses?

Si Frank elude la economía política de la plutocracia azul, es poco probable que lo haga sólo por consideraciones tácticas. *What's the Matter with Kansas?* es un libro muy honrado, libre de cualquier asomo de la alcahuetería electoral que ha echado a perder aportaciones como *Fahrenheit 9/11* de Michael Moore. Lo que parece haber sucedido más bien es que, como antiguo joven republicano de la era de Reagan, Frank reaccionó idealizando vagamente a los gobernantes demócratas de antaño. Más de una vez apunta que «hace cuarenta años», el Partido era todavía un faro de ilustración, y llega incluso a escribir que «son los demócratas los que constituyen el partido de los trabajadores, de los pobres, de los débiles y de los oprimidos. Comprender esto, creemos, forma parte del abc de la vida adulta». El eslabón débil de su libro, que lo recorre como un melancólico estribillo, uniendo pasado y presente, es la deslavazada idea del liberalismo estadounidense. Aunque admite que «el liberalismo tiene gran parte de la culpa del retroceso», no explica por qué es o debería ser así, o si tiene algo que ver con la propia naturaleza del fenómeno, más que simplemente con su declive. Pero basta señalar que Frank habla de «las cosas que defendía en otro tiempo el liberalismo: igualdad y seguridad económica», para darse cuenta de que nos hallamos en el terreno de la mitología histórica. Wilson, Roosevelt, Truman, Kennedy, Johnson... ¿campeones de la igualdad? Deben de estar revolviéndose en sus tumbas. Éste es el balance del partido demócrata y su «liberalismo»: la gran tradición de las redadas de Palmer, los campos de concentración de Nisei donde internaron a los nipo-americanos durante la Segunda Guerra Mundial, los juramentos de lealtad, el agente naranja en Vietnam, los asesinatos en África y los golpes de Estado en América Latina, por no hablar de la feroz protección del capital tanto en el país como en el extranjero.

Lo que ha cambiado en los últimos años no es cierto decaimiento de los elevados ideales de antaño, sino el entorno social en el que las elites demócratas fueron en otro tiempo capaces de dominar el sistema político combinando electorados cautivos de carácter incompatible situados en el sur y en el norte del país, a medida que el propio capitalismo que el partido estimulaba entusiásticamente socavaba su base de votantes rurales en un Sur rápidamente industrializado y atomizaba a sus electorados negro y obrero en el Norte. El resultado ha sido un fatal vaciamiento territorial del partido en el ámbito local. Las estructuras de distrito y de condado son conchas vacías en gran parte del sur del país. Los votantes de cuello azul han aprendido que tienen poco que ganar de ese partido. Junto con las organizaciones de la iglesia negra y comunales, los sindicatos siguen constituyendo lo más próximo que tienen los demócratas a una maquinaria política local, pero se han debilitado muchísimo, no sólo política y numéricamente (descendiendo hasta el 13 por 100 de los trabajadores a escala nacional, y sólo el 3 por 100 en el sur), sino también como espacio en el que se podían desplegar la educación y solidaridad obrera de clase.

En Ohio, según ha informado JoAnn Wypijewski, los demócratas contaban con una seria organización en nueve condados; los republicanos la tenían en los ochenta y ocho condados. La «guerra aérea» de Kerry bombardeó al electorado desde 10.000 metros de altura. America Coming Together, MoveOn.org y otros grupos del 527 –en referencia al número del artículo del Código de Renta Interna que los regula– enviaron a chicos de los colegios blancos y a esbirros pagados a los cinturones industriales de ciudades con tasas de desempleo de dos dígitos y altos niveles de ex convictos, no para quedarse allí y ayudar a la gente a organizarse en torno a los problemas más sentidos en cada comunidad, sino para obtener firmas en favor de Kerry y salir pitando¹⁸. El Viejo Gran Partido, por el contrario, se ha reconstruido nacionalmente durante las últimas décadas y pudo movilizar a cerca de un millón de voluntarios locales en 2004, con comités en más de 3.000 condados. Añádanse las poderosas organizaciones de la iglesia conservadora y resultará fácil entender por qué, con el electorado todavía dividido más o menos parejamente, los republicanos dominan ahora los tres poderes del Estado.

Frank ha ofrecido algunos interesantes consejos a los demócratas a raíz de su derrota. Esperemos que el próximo libro de este inteligente autor sea un retrato tan estricto de su enorme edificio de sordidez e hipocresía como el que ha ofrecido de los Republicanos del Último Día, sin irse por las ramas con la tolerancia hacia los comportamientos sexuales minoritarios en la que se concentra la actividad de la izquierda en Estados Unidos. El humor enérgico de su vivaz revista de Chicago, *The Baffler*, es lo que más necesita hoy día una política radical en Estados Unidos.

¹⁸ JoAnn WYPJEWski, «The Wreckage», *Counterpunch* 11 18 (24 de noviembre de 2004).